



## **Una tendencia normal**

### **La Semana Trágica, la clase obrera y la democracia en la Argentina**

Eduardo Sartelli

Con Edgardo Bilsky sucede algo extraño: se lo conoce poco, personalmente hablando, pero sus libros se leen (y citan) mucho. Formó parte de la juventud de los '70 que debió irse del país durante el Proceso Militar. En Francia se licenció en la Universidad de París VII y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Durante los '80, dictó clases en París y Buenos Aires. En Europa aprovechó para desarrollar su tarea historiográfica, breve pero significativa. En efecto, de Bilsky se tienen a mano pocos textos: uno sobre la presencia judía en el movimiento obrero argentino , otro sobre la tradición soreliana en nuestro país , un esbozo de historia del movimiento obrero de la Argentina y un libro en común con Osvaldo Coggiola con el mismo tema, editado en Brasil. Desde mediados de esta década reside en Barcelona y se mantiene alejado del mundo académico.

Sin embargo, dos textos de su autoría serán claves en la renovación de la historia del movimiento obrero argentino en los años '80, a contrapelo de una historiografía que iba a hacerse dominante cambiando el objeto de estudio (de la clase obrera a los “sectores populares”) y separando tajantemente la vida de la conciencia. Ahora los obreros no existían o se los subsumía en una bolsa de contenido vario e indiferenciado cuya característica más notable

era su conservadurismo político. Los nuevos historiadores, Hilda Sabato, Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero, entre otros, eludirán sistemáticamente no sólo la historia política de los trabajadores y del movimiento obrero, sino la de sus luchas. Así, dos décadas atravesadas por la movilización y el combate desaparecen de la vista pública, las que preceden al hecho del que se ocupa este libro. Frente a esa tendencia se desarrolló otra, en la que se destacan Hugo del Campo, Ricardo Falcón y Edgardo Bilsky, que renovaban la historia de la clase obrera y sus expresiones sindicales y políticas y contribuían a remozar un oficio que hasta entonces, y con algunas excepciones, descansaba en memorias y escritos de protagonistas (Marotta, Santillán, Oddone, Iscaro).

Esta tendencia chocaba, objetivamente, contra la función que la “nueva historiografía” alfonsinista venía a cubrir. En efecto, Sabato, Romero, Tandeter, entre los historiadores, Portantiero, Nun, O’Donnell, entre los sociólogos, desarrollaron la teoría liberal según la cual no sólo no existían clases (o no tenían ya la importancia que habían tenido en el pasado) sino que las superestructuras no tenían la marca de las relaciones sociales. En consecuencia, el nuevo sujeto era el “ciudadano” y el fin de la historia era la “democracia”, concebida como un valor en sí misma y sin adjetivos. La “vieja” concepción marxista según la cual la democracia era una forma política cuyo contenido expresaba el poder de una clase social específica (de los esclavistas o de la burguesía, por ejemplo), ya no tenía sentido. Sin decirlo, adquirían un pasaje de ida hacia un liberalismo que iría haciéndose cada vez más explícito con el tiempo. Su tema preferido fue la “transición a la democracia”: sociedades como la Argentina que salía de la dictadura militar debía reconstruir su “convivencia”, lo que implicaba dejar de lado no sólo los golpes militares de la “derecha”, sino el desborde de la “izquierda”. De allí su voluntad de negar la política de clase y, por ende, la historia de esa política. De allí también su desesperación por encontrar “dónde anida” la democracia, hallándola en cualquier lado

menos en la lucha política del proletariado. Se trataba entonces de una apuesta historiográfica cuyo contenido implicaba una defensa de la democracia burguesa.

En el mismo sentido, esa historiografía buscaba comprender los orígenes de la nación argentina como forma de entender el presente nacional. Obviamente, encontraba que el tema nacional se confundía con el nacionalismo de derecha populista y, como reacción, buscaba reivindicar un nacionalismo “democrático”. Esa es la razón por la cual los héroes nacionalistas de la “nueva historiografía” resultaban ser Sarmiento y Roca, en el contexto de una amplia apología de la “generación del ‘80”. Había, entonces, un nacionalismo malo (el peronismo, básicamente) y uno bueno (el liberal), que había construido la nación. En la medida en que este grupo pretendía “refundar” la nación, la clave historiográfica resultó ser la demostración del carácter histórico de la “nacionalidad” y la forma en que fue conscientemente moldeada por los gobiernos del período previo a la ley Sáenz Peña. Se completaba así la apuesta del grupo de intelectuales alfonsinistas: la superación de los problemas argentinos por la reconstrucción de la nación en clave democrática al estilo de la socialdemocracia europea. Dicho de otra manera, consolidar una hegemonía burguesa al uso de la ilusión de la pequeña burguesía liberal a la que esta corriente encarna: el respeto a las formas políticas que, en su delirio místico, parecería capaz de eliminar todas las contradicciones que porta la sociedad de clases.

La democracia burguesa, es decir, las relaciones de igualdad política que se asientan sobre relaciones de explotación capitalistas, está atravesada por una contradicción: una superestructura política que sanciona la igualdad general, contradicha por una economía que separa a la población en clases. Ante la ley, somos todos iguales; en la vida real no. La democracia tiene, entonces, una poderosísima función ideológica: crear la ilusión de la igualdad. La misma función tiene el nacionalismo, es decir, la ideología burguesa del hecho nacional: todos somos argentinos, luego todos somos iguales, las

clases no existen. La democracia burguesa es una forma de dominación de la burguesía, la que mejor se ajusta a los momentos en que goza de plena hegemonía, es decir, cuando gobierna no sólo a partir de la coerción sino con el consenso de sus gobernados. Si a esa potencia le suma el nacionalismo, su coraza será invulnerable, como lo demuestra la historia de los Estados Unidos.

Como dijimos, Bilsky será el autor de dos libros importantes de la segunda tendencia que mencionamos más arriba: *La FORA y el movimiento obrero* y *La semana trágica*. Los dos fueron editados por el Centro Editor de América Latina con muy poca diferencia entre sí, a comienzos de los '80. En ambos aportará un uso amplio de fuentes de difícil acceso en Argentina, que pudo cotejar en los archivos europeos, en particular el Instituto de Historia Social de Amsterdam y la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea. En lo que sigue intentaremos mostrar la centralidad que el estudio de hechos como la Semana trágica tiene para la temática de la que hablamos.

## **Una “semana” democrática y argentina**

Pasada a la memoria como “trágica”, la “Semana de enero”, como prefieren recordarlo los que buscan remarcar el carácter de lucha del episodio, en lugar de destacar los efectos de la represión, no fue la primera “semana” de la clase obrera argentina. Diez años antes, el proletariado argentino ya había protagonizado la “Semana roja”, de 1909. Lo que caracterizaba a esta reedición de aquellos eventos no era necesariamente su magnitud, ni que estuviera ahora enmarcado en un fenómeno como el de la Revolución Rusa, circunstancias que resaltan a simple vista. Lo que suele no percibirse con toda su significación es que se trata de la primera insurrección contra un gobierno surgido de la democracia burguesa en la Argentina. Es más, se trata de una insurrección contra el partido fundador de dicha “democracia” y el primer caudillo de masas

producido por este régimen político en nuestro país. Para encontrar algo parecido deberemos esperar hasta la huelga general de junio-julio del '75 o hasta el 20 de diciembre de 2001.

Si tomamos como elemento de comparación el alcance de la represión, veremos que, si excluimos las jornadas del '75 de su contexto inmediato, encontraremos un nuevo motivo para cuestionar a la democracia burguesa. En efecto, las cifras son siempre difíciles de constatar, pero todas las estimaciones apuntan muy alto: desde los 700 muertos y 2.000 heridos que contabiliza La Vanguardia, hasta los 100 y 400, respectivamente, que asegura La Nación. Fuentes anarquistas hablan de 20.000 detenidos.

Sin embargo, con su espectacularidad, estas cifras no agotan la sangre derramada por el presidente radical. Todo lo contrario: si en esa coyuntura la Semana trágica resalta como un hecho particularmente violento, no es el único. A los muertos durante esa semana, hay que sumarles los caídos durante las huelgas de peones de campo en la región pampeana entre 1918 y 1922 (Tres Arroyos, Villaguay, Gualeguaychú, Arrecifes, Leones, Oncativo, Jacinto Aráuz), los de la Patagonia, descriptos por Osvaldo Bayer, y los de La Forestal, en Santa Fe, amén de un conjunto todavía no contabilizado en huelgas en el interior del país. Se trata siempre de muertos obreros. Siempre, como dice Bayer, en “enfrentamientos” con la policía donde, curiosamente, las fuerzas estatales rara vez tienen bajas. La cuenta definitiva todavía está esperando alguien que se anime a hacerla, por lo tanto es probable que la realidad sea todavía peor.

La Semana trágica tuvo una espectacularidad tal que hizo olvidar el conjunto del ciclo represivo. Hizo olvidar que la lucha arranca en 1916, con las huelgas de la F.O.M (Federación Obrera Marítima) y termina con la huelga general de 1921, donde la cúpula de la F.O.R.A. IX (Federación Obrera Regional Argentina) es detenida y encarcelada. Este proceso (y sus consecuencias) debería llevar a preguntarse qué es la democracia o, por lo menos, cómo

puede ser que el primer gobierno democráticamente elegido tenga un récord tan alto. Hay varias maneras de explicarlo.

La primera, la preferida por la historiografía radical, consiste en desligar al gobierno de toda responsabilidad: se trata de conflictos de orden privado, en los que las fuerzas policiales intervienen sólo si hay “desbordes”. Esa es la “filosofía” del gobierno irigoyenista, una filosofía que entroncaba bien con la estrategia reformista de la F.O.R.A. IX, que creía que bastaba con que el Estado no interviniera a favor de los patrones para asegurar el éxito de la “solidaridad obrera”. De hecho, el resonante triunfo de la huelga del puerto en 1916, que consagró a la F.O.M. como eje del sindicalismo nacional y corazón de la F.O.R.A. IX, tuvo ese desarrollo y ese comportamiento por parte del gobierno, algo que fue tomado por la burguesía como un inaceptable precedente obrerista y, por los trabajadores, como la evidencia de que Irigoyen era “distinto”. Efectivamente, hasta la Semana trágica, pareció que el presidente había encontrado a sus sindicalistas y que los sindicalistas habían encontrado a su presidente. El problema se suscita después, cuando la crisis desborda ese acuerdo, por izquierda y por derecha. Por izquierda, por el crecimiento del anarquismo; por derecha, por el desarrollo de las asociaciones patronales y las bandas paramilitares. Precisamente, en ese punto, el gobierno, como la historiografía que lo defiende, hace gala de la mayor hipocresía: “nos vimos desbordados por una derecha xenófoba y una izquierda irracional”. La teoría de los dos demonios, como el lector podrá concluir, tiene una larga historia en el imaginario de la UCR. Se trata siempre de “excesos” de los “extremistas” y de la acción de “provocadores” con intenciones “aviesas”.

Hay una explicación mejor que la teoría de los dos demonios. Basta con comprender el proceso de construcción de la democracia burguesa como la creación de un instrumento de dominación social. En efecto, como señalamos más arriba, la democracia burguesa es la forma específica que asume la dominación burguesa en

momentos de plena hegemonía. Lo que significa que, en algún momento previo a la ley Sáenz Peña, la burguesía argentina perdió la hegemonía que ostentaba bajo otra forma y debió apelar a una transformación de la superestructura política. Veamos este punto brevemente.

La clase obrera argentina nace a comienzos del siglo XX, entendiendo aquí “nacer” por el momento en el cual adquiere una conciencia de sí perfectamente visible. Una de las fechas que sintetiza y simboliza su nacimiento es la huelga general de 1902. ¿Por qué nace a comienzos del siglo XX si el “embarazo” se remonta por lo menos cien años atrás? Por una razón sencilla: hacia fines del siglo XIX, el capitalismo argentino se estaba desarrollando a gran escala. Un conjunto enorme de actividades, urbanas y rurales, daban pie a la expansión de pequeños capitales que, en ausencia de grandes empresas podían hacer valer su pequeña escala. En consecuencia, el inmigrante venía con la idea de transformarse en pequeño patrón, con la ilusión de ser pequeño burgués. La historia de muchas empresas y empresarios en la Argentina está ligada a esta experiencia. Esa posibilidad de llegar y transformarse en pequeño patrón dificulta el desarrollo de la conciencia de clase: nadie viene a ser obrero, nadie viene a defender intereses de obrero. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la clase obrera tiene la cabeza en otra cosa, tiene la cabeza en, como se decía en la época, “hacer la América”.

El punto es que ya hacia 1900-1905, el desarrollo de la acumulación de capital en la Argentina puede mostrar grandes empresas que compiten con mucha ventaja con las pequeñas y medianas, con los pequeños patrones, con los artesanos, y tienden a proletarizarlos, a forzarlos a mantener su condición de obreros. En la medida en que cada vez se hace más difícil transformarse en otra cosa, surge la necesidad de entender qué es ser obrero y de defender intereses de obrero. Es decir, comienza a surgir la conciencia de la clase obrera. La burguesía cambia rápidamente su mirada sobre la inmigración: del inmigrante como bendición, al loco anarquista.

Precisamente, este cambio en la percepción de la inmigración tiene que ver con su transformación y con que empieza a actuar como clase obrera. Es entonces cuando la burguesía argentina desarrolla una serie de estrategias a fin de recrear la hegemonía y adaptarla a las nuevas condiciones. La hegemonía es, como señala Gramsci, una mezcla de coerción y consenso. Pero, aun el más mí-nimo consenso implica que el que consensúa obtenga algo, que de alguna manera alguno de sus intereses sea reconocido y contemplado. De modo que toda hegemonía se apoya en alguna combinación de intereses de clase que reúne los intereses centrales de la clase dominante y los intereses secundarios de los dominados, una ecua-ción que tiene que funcionar en términos económicos, tiene que ser capaz de sostener materialmente ese conjunto de intereses. Esa combinación se expresa en una ideología que describe el “pacto” al que se ha llegado. En el caso argentino, ese “pacto” se expresaba a través de la ideología desarrollista, es decir, en la creencia en que la expansión permanente de la economía creaba condiciones idílicas de ascenso social. En otro lugar hemos llamado a ese constructo ideológico “pacto desarrollista”. El mito de “hacer la América” no es más que un elemento de esa trama ideológica. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, las condiciones que han hecho posible esa hegemonía están en crisis. Una crisis que abarca no sólo a la clase obrera sino sobre todo a las fracciones más débiles de la burguesía y la pequeña burguesía, un problema que se arrastra desde 1890. Uno de los emergentes de esa crisis es la aparición de la conciencia de la clase obrera. El otro es la Ley Sáenz Peña. Ambos están ínti-mamente relacionados.

La primera reacción de la burguesía frente al inicio de esa crisis es la cooptación de los sectores disidentes de las fracciones burgue-sas descontentas. El éxito parcial de esa estrategia le permitió darle veinte años de vida al régimen, por un lado; creó un grupo disi-diente permanente, la UCR, por otro. Los intentos de reforma del sistema electoral, la forma en la que se resuelven las crisis menores

en el seno de la burguesía, no tuvieron mayor éxito. Sin embargo, la aparición de la clase obrera constituye un desafío mayor y un acicate para reformas más audaces. Ya la reforma de Joaquín V. González, que llevó a Palacios a la cámara de diputados por la Boca, estaba señalando la conciencia de la necesidad de cambios mayores.

Al mismo tiempo, la reacción inicial de la burguesía ante la aparición de ese nuevo actor en un escenario caldeado es extremadamente represiva, avalada por dos leyes que permiten y legalizan esta represión: la Ley de Residencia (1904) y la Ley de Defensa Social (1910). Con la Ley de Residencia se podía echar a todos los inmigrantes que formaran parte de acciones sindicales y de lucha. Como los inmigrantes eran obreros, qué mejor forma de descabezear a la clase obrera que enviar fuera del país a aquellos que molestaran. Como hacia 1910 eso no alcanza porque ya hay dirigentes sindicales importantes que son argentinos, se inventa la Ley de Defensa Social, que permite mandarlos a Ushuaia, la “Siberia argentina” en la jerga de la época.

La democracia burguesa tiene por finalidad diluir los conflictos sociales por la vía de canalizarlos por el sistema electoral y parlamentario. En un régimen completamente corrupto, asentado en el fraude electoral, como el de la Argentina antes de la ley Sáenz Peña, la democracia no puede cumplir ese rol, porque está vaciada de toda relación que la sustente. Es necesario que la democracia se cargue socialmente, se apoye en relaciones sociales nuevas. Es decir, se incorpore al manejo del Estado otras fracciones de la burguesía, incluso a fracciones del proletariado. La Ley Sáez Peña viene a hacer creíble esa ilusión: la burguesía argentina construyó una nueva muralla en defensa del orden social, instrumento que iba a mostrarse muy útil a poco de comenzar el período democrático. La democracia venía a reforzar/reemplazar al pacto desarrollista.

La estrategia de creación de la ciudadanía va a empalmar con la creación de la nacionalidad. Es decir, de la ideología que defiende como realidad primaria el hecho nacional. Pero la creación de la

nacionalidad no puede consolidarse si, en algún punto, todos los que forman “una gran familia” no adquieren derechos más o menos iguales sobre su destino, es decir, la soberanía política, la democracia. Una y otra son solidarias.

En efecto, crear la ideología que exalta el hecho nacional implica su existencia, total o parcial, es decir, la existencia de una serie de relaciones que construyan y soporten ese edificio “nacional”. Es decir, que existan relaciones capitalistas, porque en última instancia una nación no es más que el coto de caza exclusivo de una burguesía. Precisamente, la primera instancia en la cual la burguesía argentina desarrolló la estrategia nacionalista fue ante la creciente amenaza de otras burguesías, a comienzos de lo que se conoce como “era del imperialismo”. Ese movimiento se reforzó con la aparición de la clase obrera. No es casual, por lo tanto, que la escuela pública, el servicio militar, la criminalística positivista y hasta la puericultura, se desarrollaran en forma paralela al crecimiento del anarquismo. La escuela estatal, como instrumento de adoctrinamiento, permite vehiculizar y desarrollar la ideología de la dominación de una manera masiva, a gran escala. Desde prácticas ideológicas complejas, como la historia y la geografía nacionales, hasta las de orden formal, aparentemente insulsas: izar la bandera, cantar el himno, tomar distancia, marchar como soldados. Con esas prácticas se regimenta, se obliga a adquirir un orden. Más explícitamente marcial es la nacionalización vía servicio militar obligatorio, obra de Pablo Richieri en 1904.

Esa tarea no la realiza sólo el estado. También están los aparatos ideológicos “privados”, como la Iglesia. La Iglesia venía desarrollando ya una serie de intervenciones de carácter consensual. Por ejemplo, la formación de algunos equipos de fútbol tiene su origen en la Iglesia, como San Lorenzo. La Iglesia también llevó adelante la construcción de sindicatos, aunque con poco éxito, que durante la Semana trágica apoyaron por completo a la reacción. Incluso, durante los meses posteriores organizó una “Gran colecta nacional”

para “ayudar a los pobres”. No se perdió por eso la oportunidad de participar de la Liga Patriótica, de la Asociación Nacional del Trabajo y de todos los mitines reaccionarios del período.

Ahora bien, ¿por qué habiendo inaugurado todos estos mecanismos para lograr consenso, la burguesía tiene que apelar a dosis masivas de violencia apenas a tres años de inaugurada la democracia? Por una razón sencilla: porque la fuerza de las contradicciones de clase, tarde o temprano, se llevan por delante todos los instrumentos con los cuales se pretende hacer creer que somos lo que no somos. Es decir, la Semana trágica, no es más que la expresión de la rebelión de las contradicciones de clase frente a la falsa igualdad de la educación pública, frente a la falsa igualdad de la nacionalidad, frente a la falsa igualdad de la democracia. La Semana trágica no hace más que desnudar los mecanismos reales de dominación y viene a decirnos que, en última instancia, el núcleo, el elemento duro de la dominación, el elemento clave del orden, es la violencia cruda y sencilla.

## **La democracia hoy**

En la Argentina la democracia burguesa ha estado en jaque, en los últimos años, por fuerzas distintas de las que el sentido común pequeñoburgués imagina propulsoras de la “ruptura de la legalidad”. Ese sentido común que pretende que sólo los “militares” están interesados en su clausura, a lo sumo junto con las fuerzas “de derecha”. Ese mismo sentido común que cree que “en democracia” no pasan las cosas que pasan “en dictadura”. No hay represión, no se criminaliza la lucha de la clase obrera, sólo se muere por accidente. Pero, como puso sobre el tapete la doble insurrección de diciembre de 2001, también las masas desafían a la democracia burguesa y lo hacen, contra su miseria y su irreabilidad, en nombre de relaciones verdaderamente igualitarias. El libro que el lector tiene entre manos

demuestra que ello no es una excepción de la pasada década sino, más bien, una constante.